

Pedro Ortega Ruiz y  
Eduardo Romero Sánchez

# A la intemperie

Conversaciones desde  
la pedagogía de la alteridad

Octaedro 

Colección Horizontes Educación

Título: *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad*

Primera edición: septiembre de 2019

© Pedro Ortega Ruiz y Eduardo Romero Sánchez

© De esta edición:

Ediciones Octaedro, S.L.

C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com – www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17667-51-1

Depósito legal: B. 20.694-2019

Diseño y realización: Editorial Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España – *Printed in Spain*

*A todos los que trabajan por hacer de este planeta la casa común en la que todos podamos compartir los bienes en la justicia y la solidaridad.*



*Si un hombre pudiera escribir un libro de ética que realmente fuera un libro de ética, este libro destruiría, como una explosión, todos los libros del mundo.*

L. WITTGENSTEIN

*Las creencias constituyen el estrato básico, el más profundo de la arquitectura de nuestra vida. Vivimos de ellas y, por lo mismo, no solemos pensar en ellas. Pensamos en lo que nos es más o menos cuestión. Por eso decimos que tenemos estas o las otras ideas; pero nuestras creencias, más que tenerlas las somos.*

J. ORTEGA Y GASSET

*Hay en la aparición del rostro un mandamiento, como si un amo me hablase. Sin embargo, al mismo tiempo, el rostro del otro está desprotegido; es el pobre por el que yo puedo todo y a quien todo debo.*

E. LEVINAS



# Índice

<i>A modo de prólogo</i> [JUAN LEÓN] . . . . .	13
<i>Agradecimientos</i> [PEDRO ORTEGA RUIZ] . . . . .	15
<i>Pórtico</i> [PEDRO ORTEGA RUIZ] . . . . .	17
<i>Presentación</i> [EDUARDO ROMERO SÁNCHEZ] . . . . .	23
Conversaciones de otoño . . . . .	29
Conversaciones de invierno . . . . .	93
Conversaciones de primavera . . . . .	153
<i>Bibliografía</i> . . . . .	235



# A modo de prólogo

En las primeras palabras del libro, en la dedicatoria, los autores nos invitan a formar parte de un trabajo común y solidario para mantener la casa común, que es nuestro planeta, en una dirección constante de equidad, justicia y solidaridad, que es la única forma de tener de verdad una casa para todas y todos.

Esta casa común, única e irrepetible por la conexión con el tiempo, necesita continuamente la atención de sus habitantes, de todos ellos, porque evoluciona sin cesar y porque la intervención de sus moradores puede modificar el curso de esa evolución. Esta modificación es el resultado de muchos respetos y de muchos abusos. Para fomentar el respeto y para atajar los abusos no hay nada mejor que pensar lo que se ha hecho y configurar, así, lo que se puede hacer, además de montar un mecanismo de transmisión de ese pensamiento a todos los habitantes, a los nuevos e, incluso, a los que están por venir.

La filosofía se encarga precisamente de anclar los pensamientos en el estado y la esencia de esa casa común que es nuestro planeta, y la educación debería ocuparse de transmitir dichos conocimientos. En la calidad de la fijación de las ideas, de la progresión necesaria de acumular estas ideas entre pensadores y de preservar sus esencias está la clave, a mi entender, para proteger el planeta de los abusos de

la «civilización» y del uso parcial e interesado del conocimiento, así como para proponerlas a fin de que todo el tejido responsable de la fijación y de la transmisión quede enraizado en la educación.

Creo que la supervivencia se puede garantizar con el compromiso global de que las ciencias, y entre ellas la ciencia de las ciencias, la filosofía, se filtre en todos los tejidos y en todos los sistemas que configuran cualquier proceso educativo.

Este libro nos invita justamente a transitar por ese camino tan delicado, tan importante y tan necesario, y nos puede dar luz para descubrir los conocimientos y atesorarlos de la mejor manera, si cabe.

JUAN LEÓN - EDITOR  
*Barcelona, julio de 2019*

# Agradecimientos

Este libro no es uno más entre los que he escrito. Y no me ha sido fácil emprender esta tarea. Tenía que poner por escrito experiencias que nunca, hasta ahora, había dado a conocer. Estas páginas reconocen a muchos autores que no aparecen escritos, pero que no se explican sin ellos. En primer lugar, mis padres y hermanos. Con ellos y de ellos aprendí los valores éticos imprescindibles, esos que constituyen la «arquitectura» de cualquier ser humano. Nunca he olvidado todo lo que me han dado: su generosidad y su ejemplo. Mi agradecimiento a Tere, mi esposa, siempre a mi lado, en los momentos difíciles, cuando su compañía y apoyo me eran más necesarios; a mis hijos, que han sido muy comprensivos con el tiempo que no les he dado; a Ramón Mínguez, Alberto Gárate y Eduardo Romero, compañeros y cómplices de este apasionante proyecto de la *pedagogía de la alteridad*; a Cetys-Universidad (México), por su compromiso con esta propuesta educativa; a Juan León, editor, por acoger este libro en su «casa». Y a Joan-Carles Mèlich, él está muy presente en las páginas de este libro. Toda su obra literaria me ha sido de una ayuda indispensable para transitar por la *pedagogía de la alteridad*. Con él estoy en una deuda permanente. Gracias de todo corazón.

PEDRO ORTEGA RUIZ



# Pórtico

Todo libro tiene un propósito, y este no iba a ser una excepción. En las muchas páginas escritas en mi larga vida académica en la universidad, es fácil constatar la preocupación por asentar un discurso antropológico y ético que oriente la acción educativa. Puede parecer extraño que haya dedicado tanto tiempo y esfuerzo a esta tarea. Se supone, con toda lógica, que al tratar de la educación es inevitable contar con una determinada concepción sobre el hombre, su relación con el mundo y con los demás, es decir, una determinada cosmovisión. Sin embargo, la reflexión sobre la educación y su práctica han caminado por otros senderos. Se ha priorizado la praxis, se ha potenciado el estudio y aplicación de técnicas que, supuestamente, favorecerían la consecución de unos objetivos propuestos, se ha tecnologizado la enseñanza despojándola de su carácter axiológico con la pretensión de hacer de la educación una actividad racional, sometida a los procedimientos de la ciencia. Con tales propósitos, introducir el discurso antropológico en la tarea de educar se hacía innecesario. Tampoco el discurso ético en la educación ha corrido mejor suerte. La pregunta «¿para qué educar?» se ha considerado, cuando menos, irrelevante o prescindible, cuya respuesta pertenece al ámbito de la filosofía, del que la educación debía alejarse si quería asociarse al conjunto de las ciencias sociales.

Esta tendencia en la educación ha empobrecido el discurso pedagógico y lo ha privado de toda reflexión sobre las *condiciones y contextos o circunstancias* en los que se produce un proceso educativo, sobre qué tipo de hombre y de sociedad se quiere promover, sobre el papel que la educación debe desempeñar en la construcción social, sobre los distintos modelos éticos que condicionan la integración de los individuos en la sociedad, sobre los modos diversos de preservar y cuidar nuestro planeta. El discurso pedagógico ha olvidado el saber *contextual*; es decir, el saber sobre las distintas interpretaciones del contexto en el que se actúa, y de cómo en esas interpretaciones se reflejan diversas propuestas para hacer que la realidad sea de esta u otra forma, siga este o aquel curso de acción. El olvido del discurso contextual, de la necesidad de estar atentos a la *circunstancia*, nos ha llevado a una acción supuestamente educativa, «extraña» y rutinaria, ajena a la vida de los educandos. Sin circunstancia o contexto no hay existencia humana, y tampoco acción educativa. Se educa siempre a *alguien*, un ser histórico que vive en una situación.

El desapego a los principios antropológicos y éticos, vertebradores de la educación, me ha movido a volver a las raíces de toda propuesta educativa: «qué hombre se quiere promover y para qué sociedad». Y a dar respuesta a estas interrogantes ha estado dedicada toda mi actividad académica. A partir de la lectura de Levinas me sentí interpelado por la presencia inevitable del otro en la persona de cada uno de mis alumnos. Me era inexcusable responder a su pregunta, la de alguien que pregunta «por lo suyo». Y a la vez, preguntarme quién era yo para él y para ella, para este alumno concreto. La relación ética cobraba, entonces, todo su sentido. Nada podía ocurrir en mi actividad profesoral que no estuviera mediado por la ética, por una relación responsable que me ataba al otro. Pero la relación ética con el

otro acontece siempre con una persona concreta, no con una idea que tengamos de él; sucede siempre en un contexto o situación, en una historia o biografía concreta. Entendí que me hacía responsable de una persona con una manera determinada de pensar, de relacionarse con los demás, de sentir y de vivir; que el ser humano, además de inteligencia, tiene también sentimientos, que goza y sufre, ama y es también capaz de odiar. Y comprendí que todo ser humano está necesitado de una comunidad o tribu en la que es acogido y protegido, hereda una gramática que le permite interpretar el mundo, integrarse en él y transformarlo. Aprendí que el ser humano no es una bella idea, sino este concreto que tiene que «habérselas» para seguir viviendo; un ser que se ve obligado a inventar nuevas formas de existencia en su interminable carrera por adaptarse y transformar su medio; un ser que vive «a la intemperie», «naturalmente» desprotegido, sin más apoyo que los lazos que le vinculan a su comunidad; un ser que, a diferencia de los demás seres del universo, «no es nunca seguramente *hombre*, sino que *ser hombre* significa, precisamente, estar siempre a punto de no serlo, ser viviente problema, absoluta y azarosa existencia, drama», afirma Ortega y Gasset en su ensayo *Ensimismamiento y alteración*.

Sin estas «herramientas» me resultaba imposible entender y comprender a mis alumnos, ponerme en su lugar, en la «otra orilla» desde donde poder ayudarlos en su proceso de formación. Fui consciente de que más que palabras o discursos, esperaban de mí una actitud de acogida, acompañamiento y respeto, una relación en la que cada alumno se sintiera reconocido como «alguien», no como un desconocido en la multitud. Comprendí que no hay lugar para una actividad educativa que no parta de una concepción del hombre, siquiera sea en esbozo, y de una relación ética con el otro, en la que el otro siempre tiene la primacía.

Grecia ha sido la única fuente de sentido a la que Occidente ha prestado atención. Frente a ella Levinas propone escuchar a la otra fuente, la judía. Y de aquí nace una nueva antropología que sitúa al hombre en su circunstancia, dentro de la historia, no por encima o al margen de ella; el ser humano condicionado por su corporeidad, su vulnerabilidad y su contingencia, el hombre que trasciende la inmanencia y es capaz de dotar de sentido a su existencia. Y una nueva ética que es responsabilidad, acogida al otro; que es «obediencia» a la demanda inapelable del rostro necesitado del otro. Antropología y ética, las dos coordenadas en las que necesariamente se desenvuelve la acción educativa. Si la existencia del hombre discurre dentro de las coordenadas de un tiempo y un espacio concretos, la acción educativa no se puede apartar ni puede prescindir de aquello que la sustenta, su soporte básico: la antropología y la ética. Con razón sitúa Ortega las creencias en la base misma de la arquitectura de nuestra vida, el referente básico de nuestra conducta. Nada escapa a su influencia, salvo las conductas instintivas, y aun estas aparecen, no pocas veces, condicionadas por aquellas.

En el discurrir de nuestra existencia, vamos dejando huellas inconfundibles de nuestras creencias o convicciones éticas, de cómo hemos afrontado la tarea de vivir. A través de ellas se puede narrar lo que hemos sido y vivido. Son nuestro legado y testimonio. Es nuestra «condición» que nos acompaña siempre. Por ello, pensar, siquiera, que es posible educar sin una referencia a aquellas convicciones o creencias en las que *estamos* y *somos* resulta una tarea imposible. Sin ética no hay educación, y sin una idea o concepción del hombre, tampoco. El ser *humano* que somos es regalo, puro don que viene del otro. Esta es nuestra «servidumbre» y nuestra grandeza. Esta convicción ha guiado siempre mi tarea educadora, mi «estar en el mundo», mi relación con los demás.

Mis «conversaciones» con el profesor Eduardo Romero, que aparecen en este libro, recogen mi modo de entender la tarea de educar desde un paradigma que denomino *pedagogía de la alteridad*. Desde esta atalaya observo el mundo, lo interpreto e intento transformarlo. Este modo de entender la educación hunde sus raíces en la antropología y ética de Emmanuel Levinas, para quien el hombre solo se entiende y se «salva» *desde* el otro, *con* el otro y *para* el otro, no frente al otro ni junto al otro. «Todos nos salvamos en comunión».

PEDRO ORTEGA RUIZ



# Presentación

Esta obra, *A la intemperie. Conversaciones desde la pedagogía de la alteridad*, recoge tres largas entrevistas en las que el profesor Pedro Ortega contextualiza su formación intelectual y, en gran parte, su vida personal e investigadora. En ellas expone un ideario ético que ha dado en llamar *pedagogía de la alteridad*. El libro cumple con un doble propósito: por un lado, reunir todo el pensamiento filosófico y pedagógico del ya jubilado profesor de la Universidad de Murcia y, por otro, servir de cierre, no sé si de despedida, a toda una vida académica consagrada a la docencia y a la investigación.

La obra recoge el contenido de una serie de conversaciones que mantengo con el maestro Ortega como uno de sus más cercanos colaboradores. El libro está estructurado en tres grandes capítulos que coinciden en el título con las tres estaciones del año: «Conversaciones de otoño», «Conversaciones de invierno» y «Conversaciones de primavera». Podría parecer que faltan las «Conversaciones de verano» para cerrar el ciclo, pero el verano, en Murcia, no es la época más propicia para mantener unas conversaciones que giran alrededor de las cuestiones que envuelven la tarea de vivir y de educar.

A lo largo de las páginas del libro, el Dr. Ortega va contestando a una serie de preguntas que le preocupan y que

han centrado su labor docente e investigadora. Todas ellas encuentran respuesta, y todas ellas están cargadas de claves pedagógicas que se interpretan desde un nuevo paradigma que ayuda a reflexionar y a repensar la tarea de educar y la tarea de vivir. De principio a fin el libro es fiel a ese formato de coloquio, lo que hace que no siga la estructura sistematizada y lógica esperable en un manual con un carácter más didáctico/académico.

En «Conversaciones de otoño» el profesor Ortega aborda distintos temas, como: los referentes teóricos que están en la base de su pensamiento pedagógico; la necesidad ineludible de preguntarse continuamente por el sentido de la educación; la ética levinasiana como fundamento de la pedagogía de la alteridad; la importancia de la función de denuncia y resistencia ante las injusticias que debe cumplir toda educación; la imperiosa necesidad de atender a la memoria de las víctimas; el papel de la familia como agencia socializadora tan cuestionada actualmente; la crítica al modelo de educación intercultural; las implicaciones socioeducativas que tienen hoy las nuevas tecnologías, y la importancia de entender la pedagogía de la alteridad no solo como paradigma educativo, sino, además, como un estilo de vida.

El segundo capítulo del libro contiene las «Conversaciones de invierno». Entre los temas que se abordan, destacan: la necesidad de acudir a aquellos autores clave para entender la condición humana; la crítica a la racionalidad tecnológica, tan presente en el discurso y las prácticas educativas; la dimensión ética de la crisis medioambiental y la insuficiencia de una educación ambiental que no ha logrado acabar con esa visión antropocéntrica de la relación humanidad-biosfera; el rol confuso que juega la universidad actual y su mutismo e inacción ante los grandes desafíos que tiene planteados nuestra sociedad; la compasión ante el sufrimiento del otro como origen de la ética, y su mejor

expresión en la parábola del samaritano, y, para finalizar, el balance histórico de la pedagogía de la alteridad.

El tercer capítulo se ocupa de las «Conversaciones de primavera». En respuesta a veintidós preguntas, el profesor Ortega aporta luz sobre una serie de cuestiones que tienen que ver con: la educación como aventura y proceso siempre inacabado; la importancia de atender siempre a la circunstancia concreta de los educandos en relación con su situación espaciotemporal; el interés por ahondar en la cuestión antropológica y ética para un buen desempeño educativo; lo indispensable de saber diferenciar la moral como constructo cultural y normativo de la ética como respuesta al sufrimiento del otro; la metáfora de la intemperie como parte de la condición vulnerable e incierta del hombre, y la omnipresencia del dualismo en nuestra tradición cultural.

El libro que se presenta constituye una obra extraordinariamente novedosa y diferente, tanto por su contenido como por la forma en que está escrito. No es un libro académico, en el sentido tradicional del término, porque deliberadamente prescinde de todo formalismo y aparato bibliográfico en la redacción del texto. Se trata más bien de un libro que se sirve de la narración literaria para ahondar en importantes disertaciones pedagógicas. Y es precisamente en este aspecto en donde radica toda su originalidad y riqueza. A pesar de estar escrito con una prosa muy accesible y cercana, la obra no esconde una dura crítica al modelo educativo imperante en la actualidad y una apuesta por una forma distinta de entender y hacer la educación. El tono coloquial en el que está escrito favorece la expresión de los sentimientos y emociones más íntimos y personales. En este sentido, el profesor Ortega se vacía emotiva y literalmente y no se deja nada por decir.

La obra recoge el diálogo entre dos educadores, aunque ambos desempeñamos un rol concreto y diferenciado en el

desarrollo de la trama discursiva del libro. Mientras que a mí me corresponde la elección y oportunidad para formular determinadas preguntas, al Dr. Ortega le toca ofrecer, en cada caso, una respuesta argumentada desde un sólido discurso durante toda la obra y asumir la voz de la experiencia. Esta conjunción perfecta confiere a la obra la veracidad del establecimiento de una auténtica conversación y un gran valor educativo.

Su mismo título ya es toda una declaración de intenciones. *Intemperie* es un término cuya etimología proviene del latín *intemperies* y que se compone del prefijo *in-*, en el sentido de *en* o *a*, y el vocablo *temperies*, que significa *temperatura*, es decir, «a temperatura», «en atmósfera». Se trata de un sustantivo femenino que designa el ambiente atmosférico, sus variaciones e inclemencias, y la forma en que afecta a las personas, los lugares y las cosas que se encuentran no cubiertos o desprotegidos. Hace alusión, por tanto, a los riesgos o problemas que la propia meteorología causa en términos de deterioro o desgaste. Esta palabra es frecuentemente usada en la locución adverbial «a la intemperie», que significa «al aire libre» o «a cielo descubierto», que carece de techo o de abrigo, quedando a merced de las inclemencias meteorológicas.

Con esta metáfora de la intemperie intentamos resaltar la vulnerabilidad, la incertidumbre y la provisionalidad como parte inevitable de la condición humana y la causa del desgaste y del deterioro que el hombre sufre con su particular manera de ser y de existir. Un hombre consciente de que su vida es, en sí misma, problemática, y arriesgada, porque su naturaleza no le «resuelve» su existencia y porque esta se encuentra expuesta a multitud de avatares y circunstancias. Y es que vivir de modo *humano* no es algo dado desde el nacimiento ni logrado tan solo a través de la genética: es más bien una tarea siempre por hacer, inacabada. Una tarea que

siempre se lleva a cabo en un espacio y en un tiempo concretos, haciendo que la vida, nuestra vida, esté sometida a una constante contextualización y reinterpretación.

Al situarnos en este plano, nos alejamos de esa concepción metafísica del ser humano inaugurada por Parménides y apostamos por otra manera de entender al hombre presente, en la tradición filosófica de Heráclito. Si para el primero existen unas esencias inmutables y el ser se define por la constancia, la permanencia y la continuidad, para el segundo todo es devenir, cambio y transformación. Nada permanece para siempre. No existe el hombre universal, abstracto, ideal de la filosofía platónica, sino el ser finito, contingente y corpóreo; el ser humano que sufre y goza, que ama y odia, que nace, crece y muere. No nos es permitido tener verdades absolutas, universales e inmutables. Solo disponemos de tiempo y espacio, situaciones, relaciones, circunstancias, contextos y perspectivas. Y ello, porque no nos es posible alcanzar la verdad o el sentido último de las cosas, nos movemos siempre en la incertidumbre, en la contingencia. Por ello, la ética tiene sentido y es posible. Si la ética tiene razón de ser es, justamente, porque, como humanos, no nos es posible alcanzar la Verdad absoluta, el Bien absoluto. El más allá no está a nuestro alcance.

EDUARDO ROMERO SÁNCHEZ



# *Conversaciones de otoño*

El profesor Pedro Ortega, en sus años de docencia en la Universidad de Murcia, me ha hecho tomar conciencia de que lo más importante que podemos enseñar no son los contenidos de los manuales, sino aquello que vivimos. «Nuestra manera de enseñar lleva a las aulas nuestro estilo de vida», me ha repetido muchas veces. Le he visto siempre preocupado por el papel del profesor como testimonio de aquello que enseña. Le he oído decir muchas veces: «Eduardo, en educación, la mejor enseñanza es la que no viene en los libros, es nuestro testimonio». Y es que es imposible separar en el profesor su función de enseñar de su papel educador. Siempre transmite actitudes, valoraciones, modos de ser y estar ante los demás. No es un robot que se limita a transmitir saberes, sino alguien que, desde la experiencia de su vida, está enseñando un modo determinado de relacionarse con los demás y con el medio que le rodea.

Me encuentro a mi apreciado profesor en su sala de estudio, rodeado de los libros que siempre le han acompañado en su larga trayectoria docente e investigadora en la Universidad de Murcia. Es su pequeño santuario, su rincón blindado en el que pasa largos ratos pensando, leyendo y escribiendo sobre los problemas que afectan a la educación y al *hombre* de nuestro tiempo. No sabe hacer otra cosa. Y a esto se entrega con pasión.

